Inés Mendoza

Objetos frágiles

ÍNDICE

Ritual de las manos 13
Nostalgia del velero 15
Despedida 19
Hopperiana 21
Deconstrucción de la marquesa 29
Correspondencias 31
Petite place de gare 33

Guantes amarillos 43
Mohr, la que huye de la luz 45
Epifanía del enemigo 49
Disolución de los mapas. 51
Las ciudades perdidas. 53
Estado de sitio 57
Las invasiones 61
Arcontes 63

El impuro cabello, la tormenta 69
En el faro 71
Umbral 83
Naturaleza muerta. 85
La roca profusa. 87
Todo lo sólido. 89

Agradecimientos 99

RITUAL DE LAS MANOS

¿De qué no es responsable el durmiente?
¿Qué diálogo mantiene y con quién?
Djuna Barnes

Nostalgia del velero

Si de visita con dos amigos en el jardín de un lujoso chalet, nada más romper la primavera, el anfitrión nos invita a apreciar el aroma de un rosal que ha cultivado él mismo, lo primero que me viene a la cabeza es que el mar pronto inundará aquella casa. Una ocurrencia extravagante hasta para un insensato como yo. Pero si por accidente, poco después, vuelvo la cara hacia la tapia que delimita el jardín al fondo de la propiedad, resulta que mis ojos tropiezan con algo más raro aún: el casco de un velero sin velas repleto hasta la borda de camelias rojas.

Además del colorido de semejante imagen, me llega un hedor como a pescado o salitre. Ni mi amiga ni su compañero parecen notar nada. Tampoco nuestro anfitrión. En cambio yo sospecho que el rasguño que me sala el paladar proviene de ese barco, quizá empeñado en revivir sus tiempos remotos de bravo artilugio marino. Naturalmente, me parece justo. Condenado a sufrir otro verano más el sopor de un burdo adorno doméstico, su única estiba es la cama de tierra para macetas donde nuestro anfitrión ha plantado camelias rojas y hasta ridículos capullos de jazmín. Es

bien seguro que el velero recuerda su vida anterior, cuando bogaba a muchos nudos entre brumas de mares únicamente poblados por el eco frío de las leyendas, cuando su vela mayor se abultaba de cara al oleaje del temporal o las cuadernas del casco frenaban el aletazo de los monstruos en altamar, y los callos en los dedos del timonel, y los torsos de bronce que cada tarde se gritaban blasfemias encaramados a la arboladura como gaviotas hediondas.

Después de un buen rato bajo el sol, mis amigos siguen al anfitrión olisqueando de mala gana unos claveles. En cambio yo finjo acariciar los pétalos de unos arriates que huyen hacia el fondo de la parcela. Es así como arribo por fin a la zona de la tapia donde está el velero. No me choca lo que descubro. Una capa de moluscos viscosos, inexplicable en el aséptico huerto de un chalet burgués, recubre el casco como para confirmar mi impresión de venganza marina.

Escarbando con las manos la tierra donde se asienta la embarcación, sorprendo un leve hundimiento de la proa en el terreno del jardín. Se diría que el peso de esas malditas camelias ha desfondado al barco, que se va a pique. Un poco más allá reparo en un ancla picada de moho que se recuesta en la tapia como si fuera un rastrillo. Ahora no me quedan demasiadas dudas. De repente mis piernas quieren temblar; empiezo a marearme, y eso que ya hacía casi media hora que había perdido de vista ese rasguño salobre en el paladar, ese olor a pescado.

Con tanto clavel y tanto perfume de rosal, no creo que nuestro anfitrión descubra a tiempo la inclinación a estribor, casi imperceptible, que una de estas noches veraniegas terminará por volcar el velero: un capitán imprudente. Por eso lo más natural es que zozobre, que al fin su proa fije